

Naturaleza de la música

Este escrito está dedicado a Alberto Sánchez Costillo, músico profesional, estudiante de Katori Shintô ryû y ya viejo amigo.

Cuando leí por primera vez aquella frase de Walter Pater acerca de los límites del arte no logré entenderla en su totalidad, pero con el transcurrir de los años, volviendo sobre ella, creo que he llegado a comprenderla y, lo que ha sido más importante para mí, la he asumido como cierta, vislumbrando la profundidad de su contenido e intuyendo la razón última por la cual, el conocido profesor, situaba esa forma de arte, que es la música, en la cima de la expresividad humana.

“El arte tiende a la naturaleza de la música”, afirmaba el gran humanista, discípulo de aquel otro genio que fuera el también escritor John Ruskin, y maestro del gran conversador: Oscar Wilde, entre otros muchos autores a los que influyó en vida.

En efecto, nos acercamos al arte a través de los sentidos; la vista nos abre las primeras puertas, observamos el trazado de los movimientos, nos dejamos impresionar por el ropaje, por el decorado de una obra teatral, sujetamos en nuestras manos una pieza arqueológica o escuchamos un poema alucinante. Así es. El poema, la obra de teatro, la reliquia del pasado, la pintura extraordinaria son, todas ellas, manifestaciones a través de las cuales el artista revela el fondo de su naturaleza, un lugar al que nosotros, ávidos espectadores, accedemos a través de la vista y el oído experimentando después una emoción: esa facultad del ser humano que no es sino la verdadera razón de ser del arte, su último propósito.

Sin embargo la música es un arte intangible que entra en nosotros a través, sólo, del sentido del oído. El sonido, inatrapable, se basta a sí mismo en la tarea y su llegada viene acompañada, instantáneamente, de la emoción. Sí. En la música, el fondo y la forma coinciden, apareciendo reunidos ante quienes saben escucharla, por esta razón Pater creía que la música era el arte supremo, resaltando que todas las formas de expresión que se están en evolución tienden a su naturaleza, esto es, a la fusión de la forma y el fondo.

Mucho antes que Pater, otro gran hombre, el renacentista Giordano Bruno, defendía que el hombre sabio no pretende abarcar la totalidad de los conceptos, siempre infinitos, sino entender la infinita unidad de todo lo que acontece y palpita en el Universo: una verdadera Unidad en la diversidad.

Luis Racionero vuelve sobre el tema en cuestión en un capítulo de *“El Mediterráneo y los bárbaros del norte”* estableciendo el nudo de la idea a partir del análisis de la pintura de Leonardo da Vinci –vista-, el teatro de Shakespeare –vista y oído- y, finalmente, Mózart –oído- a quién considera el alquimista capaz de unir en su arte las dos polaridades que hemos referido.

También en *Budô* las formas son múltiples; sus representaciones, infinitas; las derivaciones que de éstas se producen resultan incontables, pero si consideramos que nuestro arte es ese camino transformador, esa vía capaz de reunir hemisferios y conectar al ser humano con una naturaleza que va más allá de lo aparente y efímero, hemos de considerar su fondo y, una vez hecho esto, reunir ambas variables en un solo y único principio. Entonces los estilos dejan de existir, las líneas no son más que entelequias, los sistemas desaparecen y solo la práctica, pura y auténtica, se manifiesta unida a una emoción llegada desde ese lugar donde habita la música.

En una de las primeras escenas de la película "*Encuentros con hombres notables*", una obra basada en la vida de aquel sabio venido de Armenia llamado George Gurdjief, su director, Peter Brook, reúne en un valle sagrado a un elenco de artistas para encontrar, entre todos ellos, al menos uno capaz de producir con su instrumento un sonido cuya perfección haga vibrar las rocas de las montañas, emocionando, también, a los espectadores asistentes, gentes humildes pero curtidas, luchadores, pero sensibles a la vida y a la belleza. El arte elegido para alcanzar ese éxtasis será, una vez más, la música.

Tal vez acercándonos al ejemplo que nos ofrece la música, los *budokas* podamos avanzar desde el ojo hacia el oído, desde el continente al contenido, desde la primera impresión a la emoción más profunda.

Kenshinkan dôjô 2020